

Inauguración del XXV Festival de Teatro Grecolatino

Teatro Jovellanos, 14 de marzo de 2022

Buenos días, profesorado de latín y griego, estudiantes.
Realmente es un gusto veros otra vez aquí, en el Jovellanos.
Estoy en un escenario, me dais la palabra y he de confesaros que ahora soy alcaldesa, pero que mi profesión es profesora de Lengua y Literatura. Sí, soy profesora. Me vais a permitir que diga algunas cosas con las que pretendo unir ser alcaldesa y ser profesora.

Hace unos días, Irene Vallejo, quien quizá os suene por su maravilloso ensayo *El infinito en un junco*, escribía en su muro de Facebook sobre lo mucho que le impresionó el descubrimiento de Esquilo y de su tragedia *Los persas*, la primera obra de teatro que se conserva. No era un comentario académico ni erudito, sino una reflexión sobre la más cruda actualidad que estamos viviendo estos días: la injustificable guerra en Ucrania y sus terribles consecuencias.

Vallejo recordaba cómo, con la guerra con los persas aún reciente en la memoria de los atenienses, Esquilo había sido capaz de escribir una tragedia que no era propaganda de los

vencedores sino una mirada compleja y humana sobre los vencidos y sobre las consecuencias de la guerra; sobre –cito– «la impotencia de quienes se oponían a ella y no fueron escuchados, la angustia de quienes esperaban en casa el regreso de los ejércitos, las divisiones internas entre los halcones y las palomas del régimen, el dolor de las viudas y madres, la desgracia de los soldados arrastrados al matadero por la megalomanía de su rey».

Está claro que cada una de esas situaciones, cada una de las experiencias, conflictos, emociones y sentimientos que Esquilo reflejó en *Los persas* son en esencia los mismos que sentimos ahora ante la tragedia de la injusta invasión de Ucrania y sus secuelas. Y nos asombra hasta qué punto podemos llegar a reconocer en algo que se escribió y se representó casi medio milenio antes de nuestra era -creo recordar que en 472 a.C., en el amanecer mismo del teatro.

Lo cierto es que no debería sorprendernos. Como tantas veces se ha repetido, los clásicos lo son precisamente porque son capaces de seguir siendo nuestros contemporáneos en

cualquier momento histórico, en cualquier época. Que sintamos ese asombro es mal síntoma, porque significa que, desgraciadamente, hemos aprendido a mirar hacia ellos como hacia algo remoto, muerto y casi incomprensible.

Y digo "hemos aprendido" porque no solo aprendemos lo que se nos enseña, sino también lo que no se nos enseña. Y el hecho es que todo ese universo de saber y conocimientos que llamamos "Humanidades", y que tan unidos estuvieron siempre a los saberes prácticos, científicos y técnicos, parecen considerarse hoy un lujo prescindible en una visión amputada, troceada, exclusivamente práctica y economicista de la cultura y de la educación.

Por eso son tan valiosas y tan estimulantes iniciativas como esta que llega a sus 25 años con el mismo vigor de siempre. Porque, contra viento y marea, mantiene abierta esa conexión directa con la raíz misma de lo que seguimos siendo; porque nos hace comprender de la forma más directa –cara a cara, sobre un escenario– que aquellos hombres y mujeres se sobrecogían, se conmovían o se reían

en esencia de lo mismo que hoy nos sobrecoge, nos conmueve o nos hace reír; que, de hecho, eso nos sucede porque a ellos les sucedía y que son ellos los que nos han enseñado a reaccionar así ante lo trágico, lo cómico o lo simplemente tragicómico de cualquier representación o de nuestras propias vidas.

Las experiencias humanas, las emociones, las ambiciones y sus límites, las debilidades humanas, el terror, el amor, el desconcierto o la fragilidad ante el hecho de estar vivo, todas esas experiencias que nos configuran como seres humanos, no han cambiado desde que los autores de la antigüedad grecorromana les dieron por primera vez vida literaria o dramática.

Lo importante es comprender que todo esto no es un lugar común ni una justificación académica o corporativa para defender una parcela en los planes de estudio, sino que nos va muchísimo en ello. La cuestión no es si los clásicos están o no están vivos: lo están en lo que dijeron y escribieron. La cuestión es más bien si nosotros estamos vivos, si estamos

vivas nosotras; si hay vida a esta parte para recibirlo e interpretarlo; si hacemos que el vínculo que nos une siga funcionando.

Naturalmente, el lenguaje es ese vínculo. No puede haber "lenguas muertas" salvo que se quiera dar por muerta también la cultura a la que pertenecemos; no debería haberlas cuando en ellas podemos encontrar el legado de las ideas y experiencias que precisamente son las únicas que podrían ayudarnos a ser críticos, a resistir y a combatir lacras como la ignorancia, la intolerancia, el odio a lo otro -al diferente-, cuya manifestación suprema es la guerra, cualquier guerra, todas las guerras. No puede haber lenguas muertas ni cultura muerta cuando personas como vosotros mandan de vuelta el mensaje: "Seguimos aquí, vivos y a la escucha".

Será un placer y una alegría volver a ver estos días sobre un escenario a Edipo, Electra, el viejo y avaro Euclión, a Júpiter, Anfitrión, Mercurio y Sosias con sus enredos; y darnos cuenta de paso de que esas series, esos libros o incluso esos

videojuegos que tanto nos enganchan son al final variaciones o adaptaciones a nuestro mundo de unos conflictos y unas pasiones que ya estaban dibujados para siempre en las obras de aquellos forjadores de nuestra cultura.

Mi más sincero agradecimiento al profesorado de latín y Griego y a su asociación Céfiro por el entusiasmo y la resistencia en tiempos tan duros para las Humanidades y la enseñanza de la cultura clásica; a sus estudiantes de estas disciplinas y, sobre todo, a los jóvenes actores y actrices que vais a demostrar hasta qué punto siguen con aquí y ahora aquellos autores, historias y personajes que hicieron vibrar a los atenienses o a los romanos en sus gradas. Es un verdadero honor para el nuestro, este querido Teatro Jovellanos, recibirlos estos días. Disfrutadlo y haced que lo disfrutemos.

Leed y ved teatro, teatro clásico y recordad que para ser moderno, para entender la actualidad y no nos coja desprevenidos, hay que mirar a los clásicos.